

Sociología de la repatriación

JOSÉ R. CERVERA PERY ¹

Una de las consecuencias más dolorosas del final de la guerra que supuso la pérdida de los últimos reductos del ultramar, español, fue la repatriación de los soldados y marinos, que parafraseando la frase histórica, habían perdido todo menos el honor. El regreso del vencido es siempre triste y la acogida patria no fue en muchos casos la que en justicia se les debía. Quedaban lejos aquellas despedidas vibrantes a los acordes de la marcha de Cádiz, con los pañuelos flameando desde el puerto y el agitar de manos de quienes partían con la esperanza del regreso victorioso. En este aspecto Cádiz fue una de las ciudades que más se significó en la hidalguía y la nobleza del emotivo adiós y así tuve la oportunidad de señalarlo hace justamente un año en mi conferencia «Cádiz en la encrucijada de 1898» que contó con la augusta presencia de S.A.R. el Príncipe de Asturias, en el curso de las XV Semana de Estudios del Mar. Porque fue Cádiz la que, en marzo de 1898, se volcaba en el puerto a aplaudir y alentar a una parte de nuestros navíos de guerra que partían a incorporarse al resto de la escuadra de operaciones con destino a las Antillas. Un Cádiz alborozado que agitó sus pañuelos y cuantas banderas nacionales se encontraron en la ciudad. La rapidez y el buen manejo de los destructores al mando de don Fernando Villaamil había impresionado gratamente a los gaditanos que no cesaron de aplaudir y augurar al comandante Villaamil una venturosa travesía y un feliz regreso que desgraciadamente nunca llegó a producirse, inmolado en el mar de las batallas.

Y Cádiz también estuvo en la mañana del 8 de abril del 98 en el puerto, dando su emocionado adiós a los cruceros «Infanta María Teresa» insignia

¹ General Auditor.

del almirante Cervera con todo su entusiasmo a flor de piel, aunque tampoco faltaran las lágrimas de despedida, pues en ambos buques había muchos tripulantes nacidos o vinculados en Cádiz y a los pueblos de la provincia (el propio almirante Cervera era de Medina Sidonia. Aún no estaba declarada la guerra con los Estados Unidos, aunque se veía llegar «a la velocidad de tren expreso», en palabras del propio almirante; pero el optimismo, con desbordante ingenuidad, se hacía presente en un editorial del Diario de Cádiz, de unos días después de la salida: «Declárese o no la guerra, el conflicto presente redundará en crédito de la Marina española. Si hay lucha nuestros marinos reverderán los laureles del Pacífico; si hay paz, los gobiernos no podrán menos que atender con más solicitud que hasta ahora, las fuerzas marítimas del país.»

Pero el puerto de Cádiz, como el de otras muchas ciudades españolas, había estado presente también en la despedida de los contingentes de soldados que fueron a las Antillas durante la guerra de los diez años —la llamada guerra grande— mal zanjada y valga la redundancia, por la paz de Zanjón en 1878. Los efectivos militares existentes en Cuba al comienzo de dicha guerra demostraron de inmediato su insuficiencia para acabar con la insurrección. Por lo tanto, el ejército de operaciones que sostuvo la contienda durante los diez años que duró, hubo de nutrirse fundamentalmente de los envíos de tropas procedente de la Península. Según datos oficiales el número total de hombres llegados a la isla desde 1868 a 1878 difiere según las fuentes consultadas, pero puede estimarse entre un mínimo de 174.940 y un máximo de 210.416 hombres. Es decir una cifra similar a la de los hombres enviados en la guerra de 1895, tras el grito de Baire, entre marzo de este año y enero de 1897: 212.717 hombres. Pero, a diferencia de lo que ocurriría en esta última guerra, la mayor parte de estos hombres no llegarían encuadrados en unidades orgánicas sino constituyendo envíos sueltos, y puede afirmarse que en estas condiciones se enviaron unos 150.000 soldados.

Gracias a estos envíos de tropas, los efectivos presentes en la isla entre 1869 y 1878 se mantuvieron entre los 36.000 y 60.000 hombres, y ya en la etapa final de la guerra oscilaron entre los 80.000 y los 90.000. Claro es que los contingentes disponibles para operar, descontando heridos y enfermos, no ascendieron casi nunca por encima de los 50.000 hombres excepto la etapa final citada en que se elevaron a 60.000 o 70.000. (Se recuerda a este respecto que Weyler llegó a disponer de casi 200.000 soldados en campaña, y que prácticamente tenía la guerra ganada, aunque en ello no esté de acuerdo la historiografía cubana. El asesinato de Cánovas y su relevo dio un giro a las cosas en 180 grados. Pero esto es otra historia.)

¿Por qué iban a la guerra los soldados españoles de más baja extracción social? ¿Por qué eran siempre los mismos mozos del campo o los suburbios, en una injusta desproporción con la juventud acomodada? Durante todo el si-

glo XIX el servicio militar vigente en España estuvo basado en el reemplazo anual del ejército mediante el llamamiento de un cierto número de mozos alistados. La forma de escoger a los llamados a realizar la prestación del servicio militar era el sorteo, lo que hizo que vulgarmente se conociese como «quintas» dichos llamamientos anuales. La impopularidad de las llamadas quintas nacía, no de las exenciones, sino de la injusticia de un sistema basado en el azar de los sorteos y sobre todo por la introducción de dos formas más injustas todavía de rehuir la prestación de este servicio. La redención en metálico que permitía al alistado llamado a fila por sorteo no incorporarse mediante el pago de una cantidad de dinero, y la sustitución que facilitaba la misma exclusión presentado a otro alistado que sustituyese al elegido por la muerte. Tenía por tanto razón Pablo Iglesias, cuando escribía que «los ricos por mucho que hablen de patriotismo y honor nacional, se han preocupado muy mucho de eximir a sus hijos del servicio militar por un puñado de pesetas». La solución del problema habría estado en seguir el ejemplo de otras naciones de Europa, reduciendo el tiempo de servicio en filas, abandonando el sorteo y llamando a todos los alistados. Pero no se hizo a pesar de los tímidos intentos progresistas de los hombres de la «Gloriosa» y de la primera república española.

La realidad fue que el sistema de quintas se siguió aplicando ante la exigencia de las necesidades militares; una de 40.000 hombres en 1870, otra de 35.000 en 1871, otra de 40.000 en 1872 y otra de 80.000 en el mismo año de 1873. En la llamada guerra de la independencia cubana, ya los contingentes alcanzaron proporciones considerables cuyo transporte causaron no pocas dificultades y contratiempos obligando al flete de barcos y cargando excesivamente los servicios de la Compañía Trasatlántica española, principal transportista de tropas a Cuba y Filipinas.

Cierto es que el ejército español de Cuba contó también con el apoyo de los «españolistas», término bajo el que se integraban hombres nacidos en la isla y españoles peninsulares, integrados éstos en su mayoría en el Cuerpo de Voluntarios, que por sus tendencias ultraconservadoras complicaron en no poco la gestión de capitanes generales tachados de progresistas como Fulce, Caballero de Rodas o Cándido Pieltain. Los naturales de la isla prestaron un gran servicio por su conocimiento del país, como guías y exploradores y, sobre todo, por su alistamiento en las guerrillas montadas que tuvieron a raya en muchas ocasiones a las escurridizas agrupaciones del mambi.

No vamos a adentrarnos en las vicisitudes de la guerra, que no contempla la temática de estas jornadas, y de la que se ha hablado y escrito no poco, durante este año emblemático; pero sí haremos una pequeña incursión a la estadística de quienes no pudieron repatriarse, no por las balas enemigas sino por la fiebre amarilla y otras terribles enfermedades de la inhóspita manigua. Esa fiebre amarilla que tan de cerca había conocido Ramón y Cajal y que había

ocasionado entre octubre de 1868 y septiembre de 1871 las siguientes cifras que poco más o menos se repetiría a fines de siglo. En acción de guerra en dicho período habían muerto 5 jefes, 111 oficiales y 1.542 clases y soldados. Durante el mismo período, por enfermedad sucumben 14 jefes, 335 oficiales y 14.600 clases y soldados, por eso no es extraño que Máximo Gómez, cuando se le preguntaba que quiénes eran sus mejores generales, respondía que junio, julio y agosto, pues eran los meses de mayor incidencia de la fiebre amarilla. Desgraciadamente esas secuelas tuvieron que soportar la mayor parte de los supervivientes repatriados, que tan triste imagen ofrecieron a su regreso a España.

Todavía estamos en los viajes de ida. Las exigencias de la guerra en Cuba presuponen el envío de siete batallones expedicionarios con carácter urgente y la Trasatlántica situaría en cuatro días seis de sus mejores buques en los puertos de Cádiz, Barcelona y Santander, embarcando 7.000 soldados. Finalizada esta expedición comenzaría otra de 6.000 que sería igualmente atendida, colocando las tropas en los puertos de Guantánamo, Santiago, Gibara y La Habana, sin provocar por ello interrupción alguna en los servicios de la naviera, pero incrementando notablemente el número de sus oficiales y tripulaciones. Cuando la repatriación se culmine, se producirá una brusca caída en este número de tripulantes, ocasionada también por una necesaria reestructuración de los servicios.

Del orto de la despedida —ya se ha dicho— músicas, flores, vítores, escupularios y obsequios de casinos y entidades, a veces en generosidad cicatera, al ocaso del regreso, silencios culpables, malhumor, leales indiferencias. Nada de músicas ni desfiles. Y los soldados que vuelven macilentos, famélicos, con la fiebre en los ojos y el dolor corporal sobre sus uniformes de desgarrado rayadillo y sus destrozadas alpargatas, con un interrogante mudo en sus semblantes, ¿qué va a pasar ahora? Luchamos hasta el final de nuestras fuerzas. ¿Es que la patria no lo va a tener en cuenta?

Duele tener que decir lo que sigue. La patria hizo poco por aquellos hijos de sus desgracias. Se recogían los frutos de aquella campaña de prensa disparatada y demencial, que había convertido al soldadito español disciplinado y sufrido en poco menos que coloso frente a aquellos indisciplinados y desorganizados «tocineros», escoria de todos los ejércitos. Y la para muchos inexplicable derrota sentó como un tiro, y se cobraron en los vencidos los réditos de tanta insensatez. He podido ojear la prensa de las ciudades a cuyos puertos arribaban los buques con aquel lastre humano, Vigo, Coruña, Alicante, Santander, Cádiz... Salvo pocas y honrosas excepciones, todos los periódicos se mueven al mismo son. Barcos en cuarentena sin dejar salir a los soldados a quienes esperan solamente familiares y amigos leales. No deseo cargar tintas reproduciendo algunos de los horripilantes relatos que oscurecen sus páginas.

A los jefes y oficiales se les recibe con hostilidad manifiesta, por el pueblo que aún no ha digerido el engaño al que fue sometido. En Vigo apedrean al General Toral en el hotel en que se hospeda y tiene que salir a la calle el General Rubin a exigir el respeto al vencido, mejor dicho al obligado a ser vencido, ya que se le impuso la capitulación. En la Coruña, señoritos redimidos del servicio militar insultan con insolencia a los soldados desembarcados tachándolos de ¡cobardes! Y bien que lo cuentan Susana March y Ricardo Fernández de la Reguera, en su espléndida novela «Héroes de Cuba», cuyas últimas páginas ponen un nudo de rabia y angustia en el más templado lector. En Barcelona, indiferencia y desdén, valientemente censurado por un editorial de «La Vanguardia». En Santander (y ya hablaremos con más amplitud de ello), recibimiento casi a escondidas del almirante Cervera y los oficiales de su escuadra). En Alicante, disgusto por ser un puerto elegido para el desembarco. Solamente Cádiz, con su tradicional hidalguía y solidaridad acogió y atendió con cariño a los desventurados, a quienes confortaba el espléndido marco de la bahía gaditana con un sol luminoso sobre el rabioso cielo azul. También en Pontevedra —justo es consignarlo— la generosidad del Marqués de Riestra, que abrió las puertas de su espléndido palacio de la Carira a aquel ejército de sombras y los alimentó y vistió a sus expensas, compensa con el gesto y la actitud, las amargas de tantas frustraciones.

No quiero perder el hilo conductor que me contrae a los límites de estas conferencias. La sociología de la repatriación es dolorosa, humillante, ejemplar y silenciosa, y el impacto que dejaron en la sociedad española, en la economía, en la industria, en el trabajo, muy acusado porque fue muy difícil la asimilación del vencido en el necesario proceso de regeneración y restañación de las heridas y ofensas sufridas. Los restos de nuestro ejército al firmarse la paz con los Estados Unidos estaban repartidos por toda la isla de Cuba particularmente en La Habana y zona de Oriente (alrededor de 23.000 hombres) y en Puerto Rico. Los restos de la Marina de guerra en las escasas y renqueantes unidades que sobrevivieron al desastre, salvo los naufragos de la escuadra del almirante Cervera que permanecieron internados en Norteamérica. Los buques mercantes estaban desperdigados en puertos cubanos, en San Juan y en Veracruz; varios detenidos e internados en aguas yanquis y sus tripulaciones diseminadas. La cifra de heridos y enfermos era sencillamente espeluznante, y los medios que poseía España para llevar a cabo la operación —los barcos de la Trasatlántica, desarticulados y dispersos, eran totalmente insuficientes.

Hubo que acudir entonces al fletamento de buques extranjeros, ya que para la repatriación, los norteamericanos habían fijado como plazo para la evacuación de las tropas y personal español de Cuba el 1 de diciembre de 1898, condición previa para iniciar las conversaciones del Tratado de París que de tratado tuvo poco. A pesar de lo exigente del calendario —como ha escrito Lorca

Bau— poco a poco fueron llegando a Cádiz los buques de la Trasatlántica y se pudo poner a tono «una flota silenciosa» compuesta por los buques hospitales «Alicante» y «Montserrat», destinarse a Filipinas el «Isla de Luzón» y «León XIII» y a Cuba los restantes: «Alfonso XIII», «Colón», «Cataluña», «Montevideo», «Ciudad de Cádiz», «San Ignacio», «San Agustín», «M. L. Villaverde», «Reina María Cristina», «San Francisco», Méjico», «Covadonga», «Isla de Panay» y «Patricio de Satrústegui». En total veinte buques, a los que hay que unir los veintitrés extranjeros que fletó Trasatlántica, como una segunda flota de repatriación (9 buques franceses, 12 alemanes y 2 británicos).

Estos transportes lograron repatriar en un plazo muy breve a 136.761 personas. La Trasatlántica ante las quejas en el trato y la alimentación a bordo, especialmente en las unidades extranjeras, embarcó por su cuenta en cada buque fletado, un Comisionado (capitán o sobrecargo de la Compañía) 1 médico, 1 capellán, 8 enfermeros, de 20 a 50 camareros según la cabida del buque y 3 hermanas de la Caridad. Simultáneamente el gobierno español embarcó en cada buque 2 médicos jefes, 5 médicos auxiliares, 2 farmacéuticos, 2 oficiales de Administración, 30 enfermeros y 8 sargentos de Sanidad.

A pesar de todo la evacuación se llevó a cabo en condiciones realmente espantosas —como señala González Echegaray— por la prisa desconsiderada de los vencedores y las ganas locas de regreso que tenían nuestros hombres. Por ejemplo, en el embarque efectuado en el transporte francés «Cheribon», de la totalidad de los enfermos y heridos del hospital de Santiago que no habían expirado a la hora fijada para el embarque fallecieron en el muelle siete soldados y antes de subir a bordo otros 10 más. ¡En estas condiciones se encontraban! El «Montserrat» que fue a Holguin a recoger tropas vio morir a su bordo, de fiebre, 27 hombres antes de hacerse a la mar; y a su llegada a Cádiz, mientras esperaba al práctico para atacar fallecieron a bordo otros 11 pobres soldados con la miel de casa en los labios. Un total de 1.275 hombres enfermos y heridos fueron dejados en la estela a través del Atlántico, amortajados con el sudario del rayadillo y con lastre de parrillas de horno. Era la crueldad de la derrota al descubierto, con su acompañamiento tenebroso de enfermedades tropicales y miserias.

Una dolorosa interpretación de lo que pueda ser la sociología de la repatriación y sus tristes circunstancias nos lo ofrece este fragmento de «Los semidioses», la obra dramática de Federico Oliver, del más crudo pero evidente realismo:

«La acción se verifica en una barbería del barrio de Triana en la época 98. Los semidioses son los toreros, los que se llevan el aprecio y la admiración de los españoles de aquel tiempo. En dicha barbería vive Juan, un marido supervi-

viente del “Vizcaya” quien al ir durante el combate a lanzar al mar con sus manos una granada enemiga que había caído en cubierta hizo explosión en el aire el proyectil y le llevó parte del cráneo (El hecho es histórico). Nadie se ocupa de él en la barbería. Sólo su madre, Dolorsitas; los demás tienen demasiada ocupación con hablar de toros.»

La escena se desarrolla entre el oficial de la barbería «El Fígaro ilustre» varios parroquianos taurófilos, y Juan que cuenta los horrores de aquella mañana de la salida de la escuadra de Cervera y su proeza al impedir que estallara la granada. El diálogo fluye de este modo.

Juan.—... Y arrojé la bomba al mar pero estalló en el aire y un casco de metralla destrozó mi cráneo.

Fígaro.—¿Y qué día fue ése?

Juan.—El 3 de julio de 1898.

Andresito (un parroquiano).—Oiga usted don Martínez, ¿no fue ese día cuando Miguel Báez el Litri tomó la alternativa en la plaza de Huelva?

Don Martínez (el sabelotodo).—... Lo que usted pregunta fue el día que se supo en Sevilla lo de Cavite. Por cierto que es la misma «efeméride» en que Rafael Guerra toreando de muleta en Algeciras...

Andresito.—Eso pasó en Madrid y con un lleno hasta las tejas.

Don Martínez.—¿El día de Cavite?

Andresito.—No, el de Santiago.

Juan (*Dando un gemido*).—¡Ay!

Andresito.—¿Qué le pasa?

Juan.—No es nada, ...un vahído ...un dolor (Vase).

Molinete (otro cliente de la barbería).—Nada, hay que dejarle, cuando se pone asina...

Don Martínez.—Pobrecillo. Tiene media lagartijera...

Ésta es una escena que saca sangre. Y lo peor es que todo lo de la corrida es ciertísimo. En lo que tal vez no reparó Federico Oliver es que hay seis horas de diferencia entre Madrid y Santiago de Cuba y, por lo tanto, cuando en la plaza de toros eran las cuatro de la tarde y hacía el paseíllo Guerrita, eran en Santiago ni más ni menos las nueve y media de la mañana, precisamente la hora en que el «Teresa» salía por la boca del puerto para comenzar un sacrificio que duró *precisamente* todo el tiempo de la corrida de Madrid y con un lleno hasta *las tejas*. Claro es que los toreros, que se inflamaban también de patriotismo en sus brindis, no tenían la culpa de los desaciertos y frivolidades de la política española en su acontecer naval.

La repatriación en Filipinas, más problemática aún que la de Cuba y Puerto Rico, por su lejanía y dificultades de comunicación, se prolongaría hasta 1900. En ella actuaron heroicamente los capitanes de los buques de la Trasa-

tlántica, que muchas veces por su cuenta y riesgo tomaban decisiones para favorecer las duras condiciones de la evacuación, contraviniendo las exigencias regladas de los norteamericanos. El «Uranus», de la firma Aldecoa, sería el encargado de rescatar a los últimos de Filipinas que se encontraban en el fuerte de Baler al mando del capitán De las Morenas, un heroico chiclanero. Era el 30 de mayo de 1899; La guerra había finalizado hacía nueve meses y medio. Pero, cuando finaliza totalmente la repatriación, los transportes españoles han devuelto a la patria a 235.286 personas.

Permítaseme antes de finalizar, transcribir el relato *encontrado* de una repatriación singular; la llegada a Santander y Madrid del Almirante Cervera y el personal superviviente de su escuadra. Lazos familiares muy entrañables, con aquel ilustre marino asidonense, cuya vida he podido estudiar a fondo, me hacen tomar tal libertad. Con ella culmino este triste peregrinaje archivado por tantos en el pañol de los recuerdos. El Atlántico que los vio ir, los veía volver con la tranquilidad serena del deber cumplido por encima de todas las cosas.

El regreso a la patria del Almirante Cervera y del personal de su escuadra superviviente de la batalla naval de Santiago de Cuba, no tuvo los bombos y platillos que acompañan a la vuelta de los vencedores. Los vencidos tienen siempre otro tratamiento, y así el gobierno español desconcertado todavía ante las posibles consecuencias de la catástrofe, no había querido que desembarcasen en un puerto departamental por temor a las reacciones que en un sentido o en otro pudieran producirse. Decidió por tanto que fuese el puerto de Santander el lugar del desembarco y en la tarde del 19 de septiembre de 1898 fondeaba en la bahía cántabra el «City of Rome» con aquel puñado de valientes que lo habían perdido todo menos el honor. Dos almirantes, (Cervera y Chacón), 8 jefes, 70 oficiales y guardiamarinas y 1.754 entre clases y marinería, era cuanto quedaba de las dotaciones de los seis barcos que salieron por la boca de Santiago de Cuba; el resto hasta 3.000, encontraron honrosa sepultura en las cálidas aguas antillanas o en las inhóspitas tierras de la manigua cubana.

Sin embargo, a pesar de las reticencias gubernamentales, comisiones de marinos y numerosos familiares se habían trasladado por cuenta propia a saludar al Almirante y sus heroicas dotaciones y la recepción se hizo en el comedor del vapor en un ambiente familiar de emotiva cordialidad, muy ajena a la frialdad de los recibimientos oficiales. El mensaje del Departamento de Cádiz lo entregó el General Warleta pronunciando al ponerlo en manos de Cervera estas sentidas frases: «Las altas virtudes de los marinos de la escuadra que combatió en Santiago nos han llenado de gloria a todos los marinos españoles y nos obligan a realizar este acto de respeto, de cariño y de unión. En nombre de mis compañeros os entrego este mensaje que os envía el Departamento de Cádiz y en el cual están consignados los sentimientos de toda la Marina.»

Cervera contestó a los mensajes con breves frases que se han conservado textuales: «Nosotros tenemos la conciencia tranquila de haber cumplido con nuestro deber; pero las naciones no se engrandecen más que con sus victorias y nunca con sus derrotas por gloriosas que puedan ser. España ha vivido en la ficción y es necesario que nos coloquemos en la realidad.»

Aún estaba el Almirante en el barco inglés cuando recibió un telegrama de la Reina Regente que decía así: «La Reina Regente al Almirante Cervera: A su llegada a España le saludo cariñosamente, así como a todos los jefes, oficiales, clases y marineros que lo acompañan. Le ruego me dé noticias del estado de los heridos y enfermos. María Cristina.» También el Marqués de Comillas saludaba a Cervera con otro telegrama: «Privado de ineludibles deberes y bien a pesar mío, de la satisfacción y honra de recibirle a su llegada a España, no puedo sustraerme al deseo de enviarle junto a mi más afectuosa bienvenida, el testimonio de mi admiración entusiasta por el heroico comportamiento de nuestra Marina en la gloriosa jornada de Santiago. El Marqués de Comillas.» Junto al telegrama del Marqués, vinieron también los del General Linares y los de muchas otras personalidades.

Para compendiar debidamente el emotivo episodio, he podido consultar periódicos de la época, como «El Imparcial», el «Mundo Futuro», «La Época», pero sobre todo «La Crónica de Santander» que tiene el mérito de relatar «in situ» los detalles del recibimiento, y que tras un párrafo introductorio de algo farragosa retórica, se concreta el hecho, del que entresacamos los siguientes renglones.

Los marinos.—En todas las fondas donde se hospedan los marinos se había dado la consigna de levantarse a las cuatro y media de la mañana. Con una puntualidad de barco de guerra, se presentaron a las cinco y media en el muelle de pasajeros, todos de uniforme con sus largas levitas de doradas botonaduras, sus gorras blancas y sus galones. El remolcador «Cuco» llenóse bien pronto de uniformados viajeros que iban a cumplir a bordo del «City of Rome» una misión hermosa y grande: la de recibir dignamente al General ilustre de la Armada que vuelve con la historia de una desgracia, pero con el honor incólume, con la valentía probada, con el derecho de contarse entre los héroes que se han sacrificado por la patria y con la gloria de haberse entregado todo él, con sus hombres y con sus barcos, ¡y con sus hijos!, a una empresa suicida, necesaria a la patria quizás, impuesta por la obediencia y por la subordinación realizada: la empresa de ofrecerse en holocausto a la codicia del enemigo.

A las seis partió el «Cuco» del muelle de pasajeros. Iba completamente lleno y un público numeroso, a pesar de ser tan de mañana, presencié la salida del vaporcito detrás del cual salió un Corconera, conduciendo al Gobernador Civil señor Manzano, a los señores Hoppe, consignatarios del «City of

Rome», al distinguido General Topete, a los representantes de la prensa y otras personas... (relata después las dificultades para subir a bordo, y cómo los marineros con la indumentaria proporcionada por la marina yanqui, mostraban su impaciencia por desembarcar y pisar la tierra española que ninguno creyó volver a ver).

El saludo a bordo.—Cervera esperaba a sus compañeros junto a la escala y a los primeros que llegaron lo estrechó fuertemente en sus brazos. De los primeros en abrazarle fue el comandante del «Colón» Díaz Moreu repatriado antes. El Comandante del «Teresa», Concas, también pasaba de unos a otros brazos y lloraba de emoción... En la cubierta no se cabía ya y el Almirante bajó al salón comedor donde continuó recibiendo a los marinos... El General Warleta, como marino de más edad de los que forman las comisiones, tomó la palabra en nombre de todos y dirigió al General Cervera un saludo afectuosísimo extensivo a todos cuantos lo acompañaron en la jornada de Santiago. (Ya ha quedado consignado anteriormente, así como la respuesta del Almirante, por lo que prescindimos de la repetición.)

El desembarco.—A las ocho y media empezó el desembarco de la tropa y la marinería. Fueron descendiendo los marineros con su petate por la escala de cuerda y llenaron tres grandes lanchas y un vapor Corconera que, remolcando las otras embarcaciones, se dirigió al «Meteoro» donde quedaron alojados los soldados y marineros. Durante la mañana fueron trasladados todos al buque de guerra donde quedaron instalados. Numeroso público presenció desde los muelles el paso de las embarcaciones llenas de repatriados y mucha gente corrió a Maliaño a verlos embarcar en el «Meteoro».

En la ciudad.—Llegó a las diez el «Cuco» al muelle de pasajeros conduciendo al General Cervera y a los capitanes de navío Díaz Moreu, Concas y Eulate y a todos los demás marinos que se hallaban en el «City of Rome». Esperaban en el muelle al Almirante todas las autoridades y el recibimiento que se le hizo tanto al general como a sus acompañantes fue muy afectuoso. Con el mayor respeto y con muestras de profunda simpatía se descubría la gente y muchas personas le estrechaban la mano y le daban la bienvenida.

Acompañado por los gobernadores militar y civil, del señor Alcalde, de las demás autoridades, de los marinos, de diputados y concejales, de muchas personas distinguidas y de un gentío grande, se dirigió el general por el muelle siendo objeto de la general curiosidad, recibiendo afectuosos saludos, al hotel Continental, donde se despidieron de él las autoridades. El General Cervera se mostró muy complacido del recibimiento y así lo manifestó... Multitud de gente permaneció largo rato en los alrededores del hotel esperando que el general saliese para verle y saludarle.

Por la tarde, en el tren correo salieron para Madrid el General Cervera y los señores Díaz Moreu, Eulate, y Concas, que fueron despedidos en la esta-

ción por las autoridades, los marinos, y por otra multitud de personas que llevaban los andenes. La despedida fue cariñosísima y los ilustres marinos estaban muy conmovidos. Al partir el tren se dieron algunos vivas a Cervera y la gente agitaba sus pañuelos mientras el general y el señor Díaz Moreu se asomaban muy emocionados a las ventanillas.

Otras noticias.—A las dos y media fueron conducidos al «Meteoro» los marineros y soldados enfermos. Efectuó el traslado la ambulancia de la Cruz Roja. Terminaron las operaciones de desembarco a las cinco de la tarde y poco después salió el «City of Rome» con rumbo a Glasgow.

La llegada a Madrid.—Hasta aquí el extracto de las informaciones publicadas en la «Crónica de Santander» y referidas a la llegada de Cervera y sus marinos a aquel puerto; pero queremos completar la noticia con la referencia de la llegada del Almirante y sus acompañantes a Madrid, tomada de otros periódicos, y cuyo resumen es éste:

La Reina Regente envió a la estación del norte, para que en su nombre recibiera al personal indicado, al Capitán de Navío, José Morgado, su Ayudante de Órdenes. También estaban el Ministro de Marina Auñón con sus ayudantes, así como un gran número de jefes y oficiales de los distintos cuerpos de la Armada. Consignar también que había un nutrido grupo de curiosos, muchos de los cuales se habían retirado, aburridos de esperar al tren que venía con mucho retraso.

El encuentro de Cervera con Auñón, aunque respetuoso, fue frío y mediaron pocas palabras. El ministro le ofreció su coche oficial, que Cervera declinó cortésmente ya que el Marqués de Comillas le había ofrecido también el suyo. Todo el trayecto desde la estación hasta el cruce de la Rambla de San Vicente, estaba acordonado por la guardia civil de a caballo y cubierta la carrera por guardias de seguridad. Se había desplegado por parte del Gobierno tal lujo de precauciones, que parecía temerse algún atentado público en contra de los vencidos marinos. Nada ocurrió sin embargo, y el pueblo presenció el espectáculo más con señales de cariño que de aversión a los héroes de Santiago, oyéndose al propósito algunas frases contundentes, que no dejaban al Gobierno bien parado. Después, ya en el Ministerio, las cartas y telegramas que en auténtico aluvión recibió el Almirante, evidenciaban que no eran reproches sino elogios, los que su heroica conducta había merecido por la mayor parte de los españoles.

Poco más queda por decir: No encuentro mejor frase para poner fin a mis palabras que las que hace unos momentos decía el General Castrillo: «Cumplieron con su deber y pagaron por todos.»